

EL VIGÍA CATÓLICO

DE CIUDADELA

CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

Puntos de suscripcion.

En la Redaccion, calle de San Onofre n.º 19.
Y en esta tipografía.
En Palma: Tipografía Católica, calle de Fortuny número 6.

Condiciones de la publicacion.

Esta revista se publica los miércoles y los sábados al precio de 50 cént. de peseta al mes en la Isla.
En provincias, 1,50 pesetas trimestre.

ANUNCIOS Y AVISOS. Los suscritores á 5 cént. por línea. Y las repeticiones á la mitad de precio.
Los no suscritores á 10 id.

SECCION RELIGIOSA.

Jués 19.—S. Crescencio, confesor.
Viérnes 20.—Santa Inés de Monte Policiano virgen.
Sábado 21.—San Anselmo, obispo y doctor.

Cultos.

Jués 19.—La Misa y el oficio divino son de la feria V de la segunda semana despues de Pascua, con rito semidoble y color blanco.

SACRILEGIOS CASTIGADOS.

Decía un tal Lemaire, famoso bandolero francés, dirigiéndose á su hijo que acababa de oír la sentencia de muerte dictada contra él:

—Escucha bien, dijo: yo hice mal mi primera comunión en París, en la iglesia de San Merry. Desde entónces he pasado de sacrilegio en sacrilegio, de robo en robo, de crimen en crimen, hasta llegar al patíbulo: quiera Dios otorgarme su perdón y perdonar á todos los que se atreven á insultar al Sacramento de la Eucaristía.

En efecto, las ofensas á Jesús Sacramentado, han sido siempre una cadena que ha arrastrado á los hombres al precipicio y son tantos los castigos que han scarreado, que

podieran llenar un inmenso volúmen.

En 1803, durante la invasion francesa del Piamonte, celebrábase en Turin una solemne procesion en memoria de la célebre Hestia milagrosa que allí se venera. Un barbero conocido por su cinismo, despues de haber estado burlándose de la procesion delante de cierto parroquiano, salió de su tienda para verla desfilar, haciendo la fanfarronada de permanecer con el sombrero puesto y negarse á quitárselo á pesar de las instancias que le hicieron para ello.

En el momento de pasar el Santísimo Sacramento estaba el hombre allí plantado como desafiándole; cuando de repente cae muerto en el mismo sitio donde se encontraba.

El hecho fué tan ruidoso y produjo tal emocion, que las autoridades de Turin mandaron exponer el cadáver delante de la Casa Consistorial durante treinta y seis horas.

Otro hecho.

En 1882 el Cura párroco de Sevres, á instancias de sus parroquianos, se decidió á celebrar la procesion del Corpus, interrumpida desde el tiempo de la revolucion (pues es de notar que la revolucion es enemiga del Sacramento, como lo ha demostrado en estos últimos años, prohibiendo la procesion del corpus en Italia y en Francia).

En el momento de salir el Santísimo á

la calle, un blasfemo apostado en las gradas de la iglesia comenzó á insultarle gritando:

—¡Vedle! Ahí va el Dios de papel!

El pueblo indignado trató de castigar al deslenguado, que sobre prorrumpir en blasfemias, aún queria lanzarse sobre la procesion; pero el vicario consiguió ampararle y proteger su retirada.

—¡El año que viene veremos!—exclamó marchándose y como en son de amenaza.

En efecto, al año siguiente, el dia del Corpus reprodujo el escándalo en el mismo sitio; pero aquel dia no fué el pueblo quien se encargó del castigo, sino el mismo Dios, que hiriéndole como con un rayo, le hizo rodar muerto á los pies del párroco que llevaba la Sagrada Hostia.

Tambien el año 1837 en Madrid el dia de Navidad ocurrió otro hecho digno de recordarse.

Cierto desalmado que se habia introducido en una iglesia durante la misa del gallo, por hacer alarde de su impiedad, apostó con su compañero á que comulgaba de burla con los demás fieles. En efecto, se acerca á la mesa, comulga y se vuelve riéndose; pero aún no habían transcurrido cinco minutos, cuando arrojando sangre por la boca empieza á declarar delante de todo el mundo el pecado que acababa de cometer. Sacáronle de la iglesia medio muerto sin que se sepa cual sería su fin.

Aún podemos citar más castigos.

Durante la revolucion en 1830 un colegial de Versalles, muchacho de quince años, al salir de una conferencia que acababa de dárselos á los que iban á recibir la primera comunión, en tono medio zumbon y medio irritado empezó á tronar contra lo que acababa de oír, repitiendo que ni creía ni había creído jamás en la Eucaristía.—Desuartizado me vea, si Dios está allí!—exclamó como para dar más fuerza á su perorata y probar más su descreimiento.

—Hombre, le dijeron los compañeros,—pues ya que no crees, no comulgues.

—Al contrario,—quiero comulgar para probar el ningun miedo que le tengo á ese Dios.

Y en efecto, al dia siguiente comulgó con los demás.

Al inmediato dia hubo asueto para los colegiales y fueron todos de paseo por la parte de Marly para ver funcionar el curioso mecanismo de las bombas aspirantes que se establecieron allí en tiempo de Luis XIV, con objeto de elevar las aguas del Sena y alimentar los estanques del parque de Versalles.

Los profesores recomendaron á los muchachos que no se acercasen á las máquinas porque podia ocurrir una desgracia.

Pero la advertencia fué inútil para un desgraciado.

El sacrílego que el día anterior habia desafiado á Dios, diciendo que le matase desuartizado si era verdad que estaba en la Eucaristía, habia sido cogido, no se sabe cómo, por la ropa, y atraído por la terrible máquina, daba gritos pidiendo socorro. Pero cuando acudieron era tarde; el mecanismo lo habia matado y materialmente triturado á presencia de sus compañeros.

La consternacion de éstos no tuvo límites. El castigo era patente.

Como lo fué el de otro jóven de mala índole, que despues de recibir la comunión en París en el barrio de Marais, arrojó la Sagrada Forma bajo de un banco.

Tres meses más tarde moría de la manera más extraña y trágica que puede darse. Caído de un árbol del jardin de su casa, dió con la cabeza sobre una rama desgajada, y entrándole la punta de ésta por la garganta, le atravesó de parte á parte la lengua con que poco tiempo ántes habia escupido el Cuerpo de Jesucristo.

El infeliz murió aquella misma noche desesperado y sin Sacramentos.

No acabaríamos nunca, si hubiésemos de seguir citando hechos de esta naturaleza; pero no hemos de omitir como final el de

cierto sujeto que, siendo concejal de ayuntamiento y no queriendo por una parte confesarse ni por otra dejar de asistir á la comunión que tiene lugar el Juéves Santo, tenía la costumbre de ponerse su frac y su corbata blanca é iba á recibir á Dios como si fuese un pedazo de oblea.

Llegada su última hora, aquel hombre la tuvo tan horrorosa que dejó memoria. Murió como suelen morir los sacrílegos, rabiando y sin auxilios de ninguna especie.

¡Oh! si se conociesen los secretos de las conciencias. ¡Cuántos infortunios, cuántas desgracias, cuántas muertes trágicas y horrosas hallarían su explicacion en ocultos sacrilegios!

Verdad es que Dios no los castiga á todos así, porque entónces ¡ay de muchos de nosotros! Sin embargo, de un modo ó de otro, ninguno queda sin castigo, así como de una ú otra manera, el amor á la Eucaristía jamás queda sin premio,

Reframos en confirmacion de esto un suceso que servirá de mucho consuelo despues de haber leído los anteriores. El maravilloso premio de un niño inocente, á quien su padre quiso matar por haber comido el Pan de la Vida.

El hecho es antiguo, muy célebre y muy conocido; pero aún así y todo, su ejemplaridad es tal, que conviene recordarlo para que no se eche en olvido el poder de Dios y el respeto que merece la Sagrada Eucaristía.

Un dia que San Mennas, patriarca de Constantinopla bajo el reinado de Justiniano, oficiaba en la basílica de Santa Sofía, las patenas, en las cuales los diáconos presentaban á los fieles el Cuerpo del Señor, quedaron despues de la distribucion eucarística llenas de numerosas partículas consagradas. Era costumbre en semejantes casos llamar á los niños pequeños de las escuelas vecinas y distribuirles aquellos preciosos restos del Pan de los Angeles.

Entre aquella tropa inocente se encon-

traba el hijo de un judío, fabricante de cristal. Se acercó al altar, como los otros niños, recibió como ellos la sagrada Comunión y permaneció durante las oraciones y acciones de gracias. De regreso á la casa paterna, el judío que se hallaba solo, le preguntó por qué volvía más tarde que de ordinario. «Es, respondió el niño, que al salir de la clase he estado con los niños cristianos en la iglesia, y me he quedado allí porque me han dado á comer de ese Pan que los cristianos adoran.» Aquella respuesta irritó al desgraciado padre, poseido de un odio violento contra todo lo que le traía á la memoria el recuerdo del Cristo. «¡Ah! exclamó, tú tambien vas á ese Jesús! Será la última vez y mi sangre no se hará jamás cristiana.» En su furor, aquel hombre desnaturalizado coge á su hijo, le precipita en el horno incandescente del cristal, y lo cierra en seguida blasfemando.

La madre, que esperaba á su hijo, no viéndole volver, temió algun accidente y se puso á recorrer la ciudad para saber lo que le habia sucedido. Trabajo inútil: despues de tres dias de investigar, aún no habia recogido ningún indicio, y la desesperacion habia llegado al colmo del corazón maternal; más muerta que viva, se dejó caer en un rincon de la casa, no lejos del horno, prorrumpiendo en gemidos y llamando á su hijo con gritos desesperados: «Madre mía, aquí estoy», respondió de repente una voz infantil y dulce que salía del lado del fuego. La madre se lanza hacia el horno, separa la puerta, y ¡oh prodigio! su hijo está allí de pié en medio de las brasas ardientes; las llamas le rodean, pero sin tocarlo; está como en medio de rosas y como al borde de una fuente de agua fresca. La madre, inundada de júbilo, le saca de aquel lugar; en la exaltacion de su dicha, le abruma con preguntas: ¿cómo has podido no ser consumido? de dónde proviene semejante maravilla? «Es mi padre, dice el niño, quien me arrojó en el horno por que había estado

con mis camaradas los cristianos en su templo donde me hicieron comer un Pan divino, que yo no conocía. Pero apenas hube caído en el fuego, ví venir á mi una Mujer vestida con una túnica de púrpura y un manto azul y la cabeza ceñida de una corona más bella que el sol; derramó agua sobre los carbones ardientes, separó con las manos las llamas que me rodeaban, y cuando tenía hambre me daba un alimento delicioso; me animaba dulcemente y llenaba mi corazón de consuelo.»

El ruido de aquel milagro se propagó como un rayo por toda la ciudad. El emperador Justiniano y el patriarca San Mennas quisieron ver al nuevo Azarías y á su dichosa madre: éstos se hicieron cristianos y fueron bautizados, bendiciendo á la vez al Dios de la Eucaristía y á la Virgen María, porque ella era la que se apareció al niño. En cuanto al padre rehusó obstinadamente abrazar el Catolicismo, y Justiniano le hizo aplicar la ley como asesino de su hijo.

Bendigamos á Dios por tanta grandeza.

(De *La Lectura Popular*).

Sección poética.

SENSITIVAS.

Las dos gotas.

Una gota de rocío
dijo á otra gota de llanto:
¿qué vale tu dulce encanto
comparado con el mio?
Yo desciendo en los vapores
celestes del firmamento;
yo presto vida y aliento
á las purísimas flores.
Yo los campos reverdezco,
colmo el afán de alegría,
soy mensajera del día,
y cuanto toco embellezco.
Soy parto de los amores,
de lo aéreo y terrenal;

¡es mi tálamo un rosal,
mis hijos los ruiseñores!
Con sentimiento profundo
la triste lágrima dijo:
yo con la esperanza rijo
las santas leyes del mundo.
Yo al brotar por la memoria
de una madre, la embeleso
dando en su megilla un beso
del hijo que está en la gloria.
Gotas, sí, somos los dos,
gotas de agua trasparente;
mas tú naces del ambiente,
yo soy engendro de Dios.
Tú reclinada en el velo
que la blanca nube cierra,
vienes del cielo á la tierra,
¡yo voy de la tierra al cielo!

F. D.

Gacetilla.

Hacemos nuestro el siguiente escrito de nuestro apreciable colega «El Mahonés», que no pudimos insertar en el número anterior por falta de espacio:

Á CADA UNO LO SUYO.

Debemos hacernos cargo de un suelto de «El Liberal», en que nuestro colega se queja de que en la distribución de los fondos procedentes de Cruzada que se invierten en establecimientos de Beneficencia, no estén incluidos el Hospital civil y la Inclusa de esta población.

Con este motivo censura al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, insinuando é intentando probar que la mencionada distribución no está conforme á las prescripciones legales sobre el particular. Pero es tan desdichado el escrito á que aludimos, que la prueba, digámoslo así, que aduce para demostrar su aserto y fundar su queja, es la demostración más palmaria de la sin razón y apasionamiento de sus palabras,

pues en el Real decreto citado por el diario no señala ni determina, ni en ninguna ley están indicados los establecimientos que deben percibir proporcionalmente las susodichas cantidades. Y establecimientos de Beneficencia son, conforme el mismo diario se ve en la precision de confesar, los designados para la distribucion. Pero hay más. S. E. I. en su caridad y guiado de sus sentimientos equitativos y amor hacia los pobres sin distincion venia destinando cantidades proporcionales para la Inclusa y Hospital de esta poblacion á pesar de reiteradas súplicas y continuas instancias que se le dirigían para que aplicara á otros establecimientos las sumas que aquellos no necesitaban, conforme se le aseguraba. Ello no obstante, nuestro Excmo. Prelado, en la delicadeza que le distingue, no hubiera cambiado el destino de las mencionadas cantidades, si persona competente y autorizada, que en virtud del cargo que ejercía, debía estar perfectamente informada sobre el particular, no le hubiese garantido y dado la seguridad de que no hacían tanta falta los recursos al hospital y á la Inclusa, como á otros establecimientos, y que por consiguiente sin temor de perjudicar á aquellos podian ser aplicados á otros más necesitados, siendo de la competencia de los Reverendísimos Prelados el darles el destino que conceptuaran más útil y oportuno.

Esta es la verdad, que puede facilmente conocer «El Liberal». Infórmese, que íntimo amigo suyo es la persona indicada y que motivó que no se incluyeran en la distribucion mencionada los establecimientos del Hospital é Inclusa.

¿Qué pretende pues «El Liberal»? ¿Acaso zaherir y rebajar á nuestro venerable Prelado en los actos que más le enaltecen haciéndole más amable y digno de alabanza? Esto solo sería propio de la más despreciable ruindad y perversa intencion de quien fuera incapaz de apreciar siquiera la grandeza y la magnanimidad de corazon de un

sucesor de los Apóstoles, insigne por su caridad, por su abnegacion y desprendimiento. Y la brillante aureola y la gloriosa corona que los actos de estas virtudes han conquistado para nuestro querido señor Obispo resplandece con los más hermosos destellos de la misericordia y de la compasion.

Por lo demás sería vano, cuanto ridículo y despreciable intento el de disminuir en lo más mínimo, el mérito, ni poner en duda los sentimientos caritativos de nuestro querido Prelado, pues las piedras mismas se levantarían airadas para atestiguarlos; que las lágrimas enjugadas, los dolores mitigados, las desgracias remediadas por el caritativo Prelado de esta Diócesis, tan sólo puede contarlas Dios, el Dios de la caridad, que indica en libro de oro los actos de misericordia llevados á cabo en su nombre.

No tenemos pues necesidad de rechazar la especie con que el colega termina su escrito, y que espresa con una literatura digna de su sinrazon, cuando dice: «no sabemos porque ha de ser *preterida* la capital de la isla». Pues la capital de la isla es atendida como las demás poblaciones por nuestro caritativo Prelado, que á la compasion para los pobres une siempre la dádiva; dádiva cuyo principal valor es la simpatía y el amor que la acompaña; amor y simpatía que S. E. I. siente por todos los necesitados sin escepcion, puesto que en ellos vé la Augusta representacion de N. S. Jesucristo.

Desde el sábado último se encuentra en esta ciudad S. A. R. el Archiduque de Austria Luis Salvador, quien probablemente pasará aquí, segun se nos dice, una larga temporada, al objeto de adquirir datos para completar la importante obra descriptivo-histórica de las islas Baleares cuya publicacion ha emprendido.

Apénas hubo llegado S. A. cuando pasó á visitar, como acostumbra, á S. E.

Ilma. el señor Obispo, quien no pudiendo corresponder personalmente á su fina atencion por hallarse aún algo delicado, dió el encargo de visitarle en su nombre á la Comision que tambien de parte del Ilmo. Cabildo lo efectuó el lúnes.

Nos dicen de Fornells que ni uno solo de aquellos feligreses ha dejado de cumplir con el precepto de la Comunion pascual durante el pasado santo tiempo de Cuaresma.

Felicitemos por ello á los católicos habitantes de aquel pueblo y en especial á su Rdo. Sr. Cura, participando de la íntima satisfaccion que ha de causarle esa tan hermosa unanimidad, no muy comun por desgracia en los presentes aciagos tiempos.

El domingo último, las conferencias de San Vicente de Paul establecidas en esta ciudad, tuvieron una de las juntas extraordinarias prescritas por su Reglamento. A la de caballeros dirigió la palabra á los concurrentes el Rdo. D. Miguel Pons, Pbro., y á la de señoras el M. I. Sr. Magistral. S. E. el Sr. Obispo, segun acostumbra, envió á cada una de las indicadas conferencias 50 pesetas.

Hé aquí algunas curiosas noticias acerca de la llamada «Novena de Gracia», practicada, cada año con mayor fervor por su reconocida eficacia, en muchas partes del 4 al 12 de Marzo: En Nápoles y en 1633, se apareció San Francisco Javier al P. Marcelo Mastrilli, de la Compañía de Jesús, mortalmente herido por la caída de un martillo, que pesaba más de dos libras, sobre su cabeza, desde una altura de más de cien piés. Quedábanle pocos momentos de vida, cuando se le apareció el Santo radiante de gloria, le inspiró hacer voto de ir al

Japon para recibir el martirio y le curó súbitamente. Le aseguró además que todos los que durante 7 dias desde el 4 al 12 de Marzo, aniversario de su canonizacion, implorasen su proteccion confesando y comulgando en un dia de la novena, obtendrian especialmente de Dios, todo lo que pidiesen para su salvacion y gloria. El P. Mastrilli, pasando despues por Roma y por Madrid, refirió al Papa Urbano VIII y al rey Felipe IV ante la corte este milagro, cuya noticia se propagò por el mundo. Apenas llegó el P. Mastrilli al Japon, fué arrestado y condenado al tormento de la fosa, que sufrió durante cuatro dias, cortándole despues la cabeza.

Segun el reparto verificado por la Excma. Diputacion provincial, para el próximo ejercicio de 1888 á 89, esta isla debe contribuir con la cantidad de 75.058 pesetas, distribuidas en la siguiente forma:

Mahon	Pesetas	36.959
Ciudadela	»	18.705
Alayor	»	9.646
Mercadal	»	5.467
Villa-Cárlos	»	2.258
Ferrerías	»	2.023
	Total	75.058

Dias pasados circularon los periódicos la noticia de un hecho, de esos que cuajan la sangre en las venas y ponen los cabellos de punta, el cual no ha causado ni poca ni mucha sensacion en el sistema nervioso de nuestra sociedad; tan avezados estamos á presenciar hechos delincuentes, que evidencian los estragos de las costumbres y ponen de realce los que causan las propagandas impías, que descatalogizan y pervierten á nuestro pueblo.

Se trata de un hijo que ha desafiado

á su padre con todas las reglas del arte del duelo, para matarle por los principios y métodos que se usan entre los llamados caballeros.

Los tribunales de justicia de la corte, que es el lugar de esta escena trágica, conocen del hecho; y el juez de instrucción incoa el proceso por provocación á duelo; detalles con los que nuestros lectores tienen bastante para persuadirse de que no se trata de una invención fantástica, sino de una realidad positiva y aterradora.

Los periódicos dieron la noticia escueta, sin comentarios de ningún linaje; y la opinión pública la leyó y la pasó por alto, como si no la produjera ni calor ni frío; tan natural y congruente parece, dado el sistema actual, hoy que un hijo desafíe á su padre y diriman con el sable, la espada ó las pistolas sus diferencias. El horror de un estado social semejante es superior todavía al que inspira el mismo crimen, producto al fin de las humanas pasiones.

Porque una sociedad que no se estremece ni se conmueve al tener noticia de un delito tan negro, harto deja entender que no se extraña de tan horrendo síntoma. Y hé aquí otra de las consecuencias del indiferentismo religioso, llevada en triunfo por las predicaciones racionalistas. Dios es el Padre celestial de todas las criaturas: y tolerados los parricidios que públicamente se perpetran contra su paternidad divina, natural es que no causen asombro los que se enderezan contra la paternidad humana.

En presencia del hecho procesal enunciado, lo primero que se ocurre pensar acerca del desgraciado jóven que ha provocado á duelo á su propio padre, es la clase de educación, religiosa y moral, que ha recibido. ¿En qué escuela se habrá cultivado su inteligencia? ¿Con qué

ejemplos se habrá formado su corazón? ¿Qué ideas habrán penetrado en su alma para envenenarla con sus jugos corrosivos? ¿Qué heladas habrán caído sobre su espíritu para marchitarle prematuramente y dañarle con tan precoces lesiones?

Y todos y cada uno de estos interrogantes nos llenan de dolor al considerar las tremendas conspiraciones, públicas y privadas, que se habrán desarrollado para cegar y perder á esa alma, sobre la cual no han proyectado sus luces las verdades divinas, por interposición de los cuerpos opacos que el demonio, representado por las pasiones, amontona para convertir en ciegos voluntarios á los que no lo son de nacimiento.

Para ese infeliz que ha provocado á duelo al autor de sus días, el Decálogo, ley divina escrita en diez renglones, debe ser un palimpsesto indescifrable ó una letra muerta: el precepto de «honrar padre y madre», grabado en él, no debe significar nada: y todos los demás que constituyen lo que el hombre ha de hacer para ser hombre, esto es, para realizar los fines para que fué criado, una ley vana, tan desierta de razón y de justicia como algunas de las que salen de nuestras fábricas legislativas. Ese desgraciado es digno de compasión. Porque si es un bárbaro, nada tiene que envidiar al salvaje más salvaje: y si es una persona culta, su cultura es sinónimo de una corrupción abominable, mil veces peor que el salvajismo.

Dice «El País» que sería muy provechoso para estos habitantes que piensan visitar la Exposición Universal de Barcelona, que la empresa de vapores de Mahon accediese á fijar escala en ésta, durante el período en que uno de sus buques verifica viajes extraordinarios

á aquella capital y á Argel alternativamente.

Nosotros también abundamos en el modo de pensar del colega respecto del particular y vivamente quisiéramos ver realizada la idea que apuntamos.

En estos últimos días nuestros campos han sido beneficiados con abundantes aguas, por lo cual hállanse muy satisfechos nuestros labradores y es de esperar una buena cosecha de cereales.

Sabe «El Bien Público» que el vecindario de Mercadal se propone solicitar del Gobierno una estación telegráfica en el referido pueblo.

Variedades.

EL ASILO DEL SAGRADO CORAZON.

(Continuación.)

Todo me parecía sombras chinescas en el negro manto de un presbítero. Los coches que pasaban se me antojaban frailes con capucha, los árboles, torres de iglesia, y las gentes todas sacristanes y acólitos que iban agabillando dinero y más dinero para llenar la andorga de los Curas.

Caminando, caminando, llegué al barrio de Salamanca, y recorriendo á la ventura sus calles, tropecé en la de Claudio Coello con un edificio grande, muy grande, que me llamó la atención.

—¿Qué será esto?—me pregunté.

Aquel edificio de piedra y ladrillo era, más que un palacio, un alcázar. Amplio, rectangular, de varios pisos y con multitud de ventanas, algunas de ellas ojivales.

—¿Cuánto dinero habrá costado esto y quien vivirá aquí?

Más y más me acordé entonces del pobre pueblo desheredado que vive en buhardillas inmundas ó duerme á la intemperie.

—Aquí vivirá—me decía—alguna de esas marquesonas que sólo piensan en ir al Teatro Real y en dar misas para los jesuitas. ¡Pobre pueblo! ¡Para tí nada! ¡Todo, en cambio, para los hipócritas de la religión!

Comenzó á llover, y no sin repugnancia me fuí á cobijar en el quicio de una de las puertas laterales del edificio en cuestión, siguiendo en mis meditaciones contra el clericalismo y las beatas.

—Cuánta dinamita haría falta para hacer volar esta casa inmensa? ¡Oh poca, muy poca! Ese es tu consuelo pueblo infeliz; con dos pesetas puedes aniquilar en un momento lo que ha costado millones y millones y años y años.

Entreteníame en esos y parecidos soliloquios, cuando un rapazuelo, modestamente, pero bien vestido, atravesó rápidamente la calle, y se entró en el edificio por la misma puerta en que yo me hallaba.

Me dió las buenas tardes, y yo, mirándole atentamente, le detuve en el dintel, cogiéndole por la solapa de la chaqueta.

El muchacho quedó sorprendido: mas yo, que entonces me hallaba poseído del espíritu de redentor de la humanidad, y que iba á ejercer instintivamente una de las funciones más sagradas del libre-pensamiento, sin darle tiempo para asustarse, le pregunté en tono... no sé en qué tono, pero debía tener algo de sobrenatural:

—¿Eres pobre?

—No, señor,—contestó resueltamente el rapaz.

—¿Cuánto capital es el tuyo?

—No tengo capital; pero creo es un capital inmenso.

—¿Y tus padres?

—No tengo padres; se me murieron hace tres años; pero sí, sí tengo padres...

(Se concluirá).

ANUNCIO.

Discurso panegírico de Santo Tomás de Aquino, por D. Gabriel Vila, Pbro. Hállase este trabajo de venta en este establecimiento tipográfico, al precio de 50 céntimos de peseta el ejemplar. Igualmente se encontrará en esta casa toda clase de objetos de escritorio; papel de todas clases, sobres, plumas, mangos, etc. Comprando los cartapacios al por mayor se dan á precio de fábrica. Targetas de visita impresas desde una á cinco pesetas el ciento.

Tipografía Católica del Sagrado Corazón de Jesús,
á cargo de Rafael Massanet, calle de Negrete, 14.